

flanco izquierdo del Gran Ejército, que estaban encargados de proteger por la derecha el séptimo cuerpo y los austriacos; formarían la reserva el noveno cuerpo, en el Vístula y el Oder, y el undécimo, en el Elba; finalmente, los dinamarqueses y otros cuerpos poco numerosos hallábanse destinados á quedarse á retaguardia.

De los cuatro caminos que podían seguirse para invadir á Rusia, Napoleón eligió el de Kovno, Wilna, Vitepsk, á Moscou. En su virtud, el veintitrés de Junio, en menos de dos horas, tendió el general Eblé, sobre el Niemen, cerca de Kovno, tres puentes, á la distancia de cien toesas cada uno del anterior. El veinticuatro, por la mañana, leyóse á las tropas la famosa proclama, donde se decía: «Ha comenzado la segunda guerra polaca; la primera terminó en Frisia y en Tilsit». Este mismo día y los veinticinco y veintiséis, pasaron los puentes de Kovno los cuerpos de Davout, Oudinot y Ney, la guardia imperial y la caballería de Murat; Jerónimo desfiló por el puente de Grodno; Macdonald, por el de Tilsit; Eugenio, por el de Prenn: todas estas tropas ascendían á cuatrocientos mil hombres, con mil cañones. Viéndose en la otra orilla, el Emperador de los franceses pudo decir, como César al cruzar el Rubicón: *Alea jacta est*; sólo que la estrella del general romano debía despedir más brillantes fulgores allende el humilde río de Italia, mientras la de Napoleón iba á hundirse repentinamente al otro lado del Niemen, en las sombrías profundidades del espacio, como atraída por una fuerza misteriosa é irresistible.



CAPÍTULO UNDÉCIMO

Moscou.—El desastro.



El emperador Alejandro asistía á un baile que daba en su castillo de Zacreff, situado á media legua de Wilna, el general Beningsen, cuando recibió la noticia de haber pasado el Niemen los franceses. Suspendióse la fiesta en el acto, y al día siguiente, veinticinco de Junio, publicó el Czar dos manifiestos, dirigidos, uno al ejército y otro al conde de Soltikoff, su gobernador en San Petersburgo, para que lo diese á conocer á sus pueblos. El primero, escrito en términos firmes, aunque mesurados, concluía con estas palabras: «No es necesario recordar sus deberes al general en jefe, á los jefes de cuerpo, ni á los soldados; la sangre de los valientes eslavos circula por sus venas. Yo estoy con vosotros y Dios está contra los agresores». El lenguaje del segundo era más enérgico. «Las tropas francesas, decía, han pasado las fronteras de nuestro Imperio. La estricta observancia del tratado de alianza ha sido recompensada con la más pérfida sorpresa... No depondré las armas mientras quede un solo soldado enemigo en los territorios de mi Imperio». El día veintiséis, Alejandro salió de Wilna, después de enviar á Balachof al cuartel general de los franceses aparentando intentar una negociación, lo mismo que su enemigo le había mandado poco antes á Narbonne, con objeto de ganar tiempo. Napoleón entró en Wilna el veintiocho. Durante el trayecto, el calor agobió á los soldados, que llegaron á aquella ciudad rendidos y hambrientos, y empezaron á saquear los arrabales, lo que influyó en la frialdad con que el Emperador fué recibido. «Estos polacos no se parecen á los de Posen», observó Napoleón. Se pudo, sin embargo, reunir la nobleza é infundirle cierto entusiasmo, consiguiéndose de este modo que se adhiciese al acuerdo de la Dieta de Var.